

nen la candidez ingeniosa de un Amyot y sus poesías hacen á veces pensar en Marot. Cantó á sus amantes y seguramente no le faltó materia.

Después de su separación, tuvo una especie de corte literaria, en su hotel, cerca del Pré-aux-Clercs.

Otra Margarita, hija de Francisco I^o, nacida en San Germán, en 1523, fué muy erudita, frecuentó el trato de Dorat y Ronsard, y tuvo en Bourges un salón literario muy brillante.

Pero la más fresca y brillante de las Margaritas, fué la hermana de Francisco I^o, Margarita de Navarra (1492-1549), la Margarita de las Margaritas, como la llamaba el rey su hermano; era biznieta de la italiana Valentina de Milán, nieta del poeta Carlos de Orleáns, y autora de novelas que fueron reunidas después de su muerte con el título de *Heptameron*, y de lindas poesías.

Casada primero con el duque de Alençon, se volvió á casar con el rey de Navarra, rey sin reino y sin mérito, de quien decía ella que, al casarse con él « se había casado con el destierro, la pobreza y la ruina », y esto le hacía llorar amargamente. De esta unión nació Juana de Albret, madre de Enrique IV.

Margarita escribió mucho: un misterio de la *Natividad de Jesucristo*, una comedia de costumbres, ó « coloquios amorosos de una dama elegante con un caballero gascón más apuesto de cuerpo que de ingenio, y que muestra tanta ignorancia como ella saber », y otras disputas amorosas inspiradas en Petrarca. Se ejercitó también en la farsa y escribió la pieza *Trop, prou, peu, moins*, hoy día incomprendible. Es una cerradura mohosa cuya llave se ha perdido.

Sus poesías son imitaciones de la antigüedad y del italiano. En *los Sátiros y las Ninfas de Diana*, parafraseó á Sannazaro; escribió muchas poesías dirigidas á su hermano á quien amó tiernamente, y que más de una vez le inspiró vivas inquietudes cuando iba á la guerra.

Sus sentimientos cristianos la inspiraron en sus canciones espirituales que escribió con la sutileza y el misticismo alegórico entonces en boga, lleno de puras aspiraciones y de recuerdos bíblicos; aparecieron reunidas en la colección *El Espejo de Margarita de Francia, Reina de Navarra, en el que contempla ésta su nada y su todo*. Contiene algunas piezas como el *Retrato del verdadero cristiano*, el *Árbol de la Cruz* y el *Cazador*, que tienen elevación y armonía y que preparan y anuncian el gran florecimiento de poesías cristianas en que debían tomar parte casi todos los poetas, incluso La Fontaine.

Conocía el italiano, el español, el latín, el griego y el hebreo, que había aprendido con le Canosse. Fué la graciosa protectora del Renacimiento, y Erasmo le escribía:

He admirado y estimado en vos una prudencia digna hasta de un filósofo, una gran moderación, una fuerza de alma invencible y un maravilloso desprecio de todo lo perecedero.

Brantôme se complacía también en decir de ella: « Era una princesa de mucho ingenio y muy hábil tanto por su índole natural como por su educación. »

Tantos méritos y tantos homenajes justifican la divisa de nuestra poetisa: un pensamiento mirando al sol con estas palabras: *Non inferiora secuta*¹.

El siglo toca á su término. Los que entonces escribían debían dar sus últimos pasos en el siglo siguiente. Desde Villón y Marot; qué de acontecimientos considerables habían agitado y revolucionado la república de las letras! Cada uno aprovechó lo que pudo. Un solo nombre aparece con la aureola de grandeza, el de Mathurin Régnier; y aun éste no hubiera seguramente perdido nada de su gloria y de la originalidad de su talento aunque no hubieran existido el Renacimiento y la Pléyade, de cuyas influencias se resintió muy poco, pues todo se lo debió á sí mismo y á su talento y no á su época y á las escuelas.

Pero antes de llegar á él, saludemos de paso á algunos de sus contemporáneos, y en particular á su tío, Felipe Desportes (1545-1606) que fué el tipo del poeta cortesano, amable, elegante, sonriente, falto de vigor pero no de gracia. En el período que media desde la Pléyade hasta el siglo XVII, de 1570 á 1600 brilla con resplandor puro y suave; y en las comedias, vemos á las madres, que regañan á sus hijas porque se entretienen en leer á Desportes en lugar de dedicarse á los quehaceres domésticos. Estuvo muy de moda, y fué muy favorecido por grandes y reyes. Carlos IX le cubrió de oro; Enrique III se hizo su amigo cuando era aún delfín bajo el nombre del vicioso duque de Anjou; se lo llevó consigo á Polonia, le volvió á traer de allá, le regaló una abadía por un soneto y le concedió rentas vitalicias; los grandes señores emulaban al rey y colmaban de favores al poeta que llegó á ser el ejemplo más maravilloso en materia de acumular mercedes; era abad de Thirón, abad de Vaux-de-Cernay, abad de Bonport, abad de Aurillac, canónigo de la Santa Capilla, sin contar los regalos y favores de todas clases. Fué el favorito que gozó de mayores rentas y acabó por tener tanto que tuvo que declinar cualquier otro regalo. Es éste un caso único en los anales de los poetas. Quisieron nombrarle arzobispo de Burdeos, pero él se negó. El rey quedó sorprendido por esta abstención,

¹ En España hubo también por esta época escritoras muy notables, figurando en primera línea la insigne doctora santa Teresa de Jesús, Luisa Sigea, Oliva Sabuco de Nantes, la Latina y otras. (N. del T.)

pues no estaba acostumbrado á semejante desprendimiento sino más bien á lo contrario.

— ¿Por qué renunciáis? preguntó al poeta.

— Temería, siendo obispo, tener cargo de almas.

— ¡Hombre! ¡Pues ya sois abad! ¿No tenéis á vuestro cargo las almas de vuestros religiosos?

— No, porque carecen de ella.

Fué feliz, no hizo política, y sacó, de su situación de poeta cortesano, todas las ventajas posibles.

Pagaba con lisonjas, cantaba á los reyes, á los príncipes, á sus queridas, y sus amores; en sus versos bailan cogidos de las manos Febo y Mercurio. Su musa es una alcahueta de alto coturno que pone sus armonías al servicio de una Diana de Cossé-Brissac, de una Elena de Surgères, de una Helyette de la Chataignerie, de una señorita de Châteauneuf, ó de una María Touchet; es el revistero poético de todas las galanterías, el intérprete de los deseos, el auxiliar de las citas, y el complaciente cantor de los *miñones*; templa su lira para celebrar un espejo, unos pendientes ó una cinta; su poesía es graciosa, muelle, afeminada, se halla impregnada de la imitación italiana, de petrarquismo, de conceptos, de laboriosos escarceos y de rebuscado preciosismo. No tiene vigor ni grandeza; como poeta es pequeño, menudo, delicado, melindroso, insulso y muy « Enrique III ». Léanse sus obras, *Primeros Amores*, *Amores de Hipólita*, *Últimos amores*, *Amores Diversos*, *Pastorelas*, y se encontrarán siempre en él únicamente cualidades agradables, un ritmo voluptuoso y cosas lindamente dichas. Aunque esto no pertenece al gran arte, no deja de agradar. Gozó de gran favor como autor de canciones; en este género no tenía rival y las escribió lindas y que tuvieron el mayor éxito. Cuando el duque de Guisa se dirigió á la cita donde debía hallar la muerte, iba tarareando un villancico de Desportes.

En fin, fué el más amable y el más feliz de los abades y hay que llamarle así porque lo fué realmente, aunque su musa no tuvo nada de abacial ni de conventual. Pero agradó y sonrió á todos y todos le sonrieron. Si el tiempo ha marchitado sus frágiles gracias, tuvieron sin embargo un momento de frescura. Citaremos otro rasgo que demuestra la encantadora disposición de un hombre contento de la vida. Sus enemigos y envidiosos habían hecho un libro en que se hallaban acotados todos sus plagios de los poetas italianos. Tenía por título: *Encuentros de las Musas de Francia y de Italia*. Desportes no se alteró por ello pero replicó:

— ¿Plagios? Seguramente he hecho algunos y más de los que aseguran. Si el autor me hubiera consultado, le hubiera enseñado muchos que él no conoce.

Este rasgo demuestra su buen natural; no había razón alguna para que fuese desgraciado.

¡Bertaut! (1522-1611) Desde que Boileau le unió con Desportes, nadie los ha separado. Tienen de común el asunto de su inspiración, á saber: las galanterías de la corte de Enrique III y también su afición decidida al preciosísimo italiano.

La lectura de Ronsard le inspiró el deseo de ser poeta á su vez. Gustó á Enrique III que le dió la rica abadía de Aunay; y á María de Médicis, que le nombró su primer capellán y le elevó á la dignidad de obispo de Séz.

Tradujo el canto segundo de la *Eneida*, escribió cánticos, uno de ellos sobre la conversión de Enrique IV, parafraseó salmos como Desportes, y como él también puso en tiernos versos sus recuerdos de juventud. Pronunció una oración fúnebre en honor de Enrique IV. Su obra es mucho más ortodoxa que la del abad de Thirón. La señorita de Scudéry le reconocía más claridad que á Ronsard, más vigor que á Desportes, y más ingenio y cortesía que á ambos. Supo atravesar los terribles acontecimientos políticos de su época sin que se alterara su ánimo, sin que tuviese que padecer por ellos, y sin perder el elevado puesto que gozaba. Era un oportunista.

Firmó lindas poesías de delicado rebuscamiento, llenas de conceptos según el gusto de entonces. Dice á su amada « que su corazón se halla reducido á cenizas, pero que no debe esparcirlas sobre sus cabellos porque aunque está convertido en cenizas, está aún ardiendo ».

Y esto lo escribía para el miércoles de Ceniza.

Cantó los grandes acontecimientos de su época, las muertes importantes, los matrimonios de campanillas, los nacimientos y los bautismos. Su obra es como una especie de medallero.

Toda ella parece como el prelude de las delicadezas que habían de encantar á los futuros huéspedes del hotel de Rambouillet. Hallándose enfermo díjole una dama que era por haber trabajado y leído demasiado. Y él le respondió que en efecto estaba enfermo « por haber leído demasiado en su hermosos ojos que no le quería ».

Sus romanzas tienen gracia, sentimiento, y suave y lánguido atractivo. Merecería que se recordase su nombre aunque sólo hubiera escrito estos cuatro versos deliciosos y citados con frecuencia:

Félicité passée

Qui ne peut revenir,

Tourment de ma pensée

Que n'ai-je, en te perdant, perdu le souvenir!?

1.

Felicidad pasada,

Que ya no volverá,

Tormento de mi alma

¿Por qué, al perderte, no logré olvidar?

Esto es exquisito : es un soneto de Arvers. Debemos nombrar también á Du Perrón (1536-1618), otro poeta de corte, muy intrigante y hábil, que fué considerado como « la gloria de su época »; político experto y hábil, honrado con la confianza de los más altos personajes y con las más delicadas misiones, poeta galante cuando venía al caso y heroico cuando convenía á sus intereses. Era por lo demás gran orador, controversista agudo, que fué necesario á su siglo y que desapareció con él.

En cuanto á Vauquelin de la Fresnaye (1536-1608), dejó un *Arte poética* que es como el examen de conciencia de aquel fin de siglo. Hablaba de poesía después de haberla experimentado en sus pintorescas *Foresteries* y en sus *Idilios* cuyos personajes son el autor y su esposa. Sus *Sátiras francesas* son honradas, concienzudas, y llenas de rectitud como él mismo; son sátiras de buena ley. En su arte poética intentó, sin vigor ni lucimiento, un ensayo de conciliación entre la Pléyade y los clásicos. El intento era demasiado tímido para ejercer la menor influencia. Otro debía renovar el ensayo con más decisión y efecto : me refiero á Malherbe.

Antes de llegar á él debo hablar de Mathurin Régnier.

Malherbe nació en 1556 y Régnier en 1573, 17 años más tarde. El primero murió en 1628 á los 72 años, y el segundo en 1613 á los 50. Teniendo en cuenta las fechas, Malherbe pertenece al siglo xvi más bien que Régnier. Pero por el estilo, la forma y la inspiración, parece Malherbe más moderno y más joven. Régnier escribía aún en el francés viejo. Malherbe habla ya la lengua del siglo xvii que es próximamente la nuestra. Por esto colocamos á Régnier entre los poetas del siglo xvi. Malherbe es la transición hacia el xvii, al que pertenece por su espíritu, su temperamento y su lenguaje.

Mathurin Régnier, nacido en Chartres, era sobrino de Desportes y tenía la mayor estima á su tío, siguiendo, según sus propias palabras, el camino que éste le había trazado. Fué más lejos todavía, y hoy su reputación es muy superior á la de su tío.

Joven aún le pusieron á estudiar teología y era ya tonsurado antes de los once años. Secretario á los veinte del cardenal de Joyeuse, le acompañó á Roma, pero no trajo de su viaje ningún recuerdo ó impresión de arte ó poesía. No tenía la delicada emoción de un du Bellay; lo único que recuerda de su estancia en la ciudad eterna es que bebió caliente, comió frío, y se acostó sobre el duro suelo; recuerda también que el servicio era muy exigente, y echa de menos el tiempo perdido.

Vuelto á Francia, heredó de su tío, obtuvo un beneficio de dos mil libras sobre la abadía de Vaux-de-Cernay, fué nombrado canónigo en Chartres y ocupó sus ocios haciendo sátiras poco rituales, pues se sintió desde muy joven atacado del deseo de rimar.

Su padre se irritaba al ver á su hijo más aficionado á la Musa que á la misa, anunciándole que no conseguiría nada por el camino de la poesía. Escribió muy escaso número de obras y, á juzgar por su propia confesión, no era hombre de producción fácil.

Dieciséis sátiras y algunas epístolas, elegías y estancias, constituyen su haber poético. La mejor parte se halla en la sátira.

Tenía ingenio vivo y cáustico, era uno de esos satíricos que, según él decía y repitió Boileau, son capaces de perder un amigo antes que sacrificar un chiste.

Después de Horacio y antes que Boileau hizo sátiras y epístolas; y como si hubiese en este género ciertos asuntos clásicos ó de cajón, se encuentra en las obras de Régnier un *Fastidioso*, lo mismo que en Horacio y una *Comida Ridícula*, lo mismo que en Despréaux.

Ante todo es artista. Tiene el ingenio concreto, posee el sentido de las líneas, y sus imágenes son á propósito, vivas, muy precisas y pintorescas; el lápiz del pintor puede seguir el texto é ilustrarlo página por página, al margen. Con él nada se pierde, ni en el gesto, ni en la actitud, ni en los modales, ni en las frases ampulosas; todo lo nota, y aparece la figura con magnífico relieve. Es un placer saborear el retrato que hace del *Fastidioso*, tipo que también estudiaron Boileau y Molière. Sabe plantar perfectamente un personaje, dibujar un tipo, esbozar con rapidez una silueta enérgica.

Véase cómo pinta á un luchador :

Comme fait un lutteur entrant dedans l'arène,
Qui, se tordant les bras, tout en soy se démène,
S'allonge, s'accourcit, ses muscles étendant,
Et, ferme sur ses pieds, s'exerce en attendant¹.

No es menos brillante la pintura del jinete á la moda, que tiene la desenvoltura de un croquis de Abrahán Bosse.

Il faut qu'on soit morgant, qu'on bride sa moustache,
Qu'on frise ses cheveux, qu'on porte un grand panache
Qu'on parle baragouin et qu'on suive le vent².

1. Qual luchador brioso que, al entrar en la arena, Sus brazos retorciendo, da al cuerpo agilidad; Se alarga ó bien se encoge; los músculos extiende; Y, á pie firme, sus fuerzas ejercitando va...

2. Hay que ser altanero, retorcer el mostacho, Rizarse los cabellos, llevar un gran penacho, Hay que hablar chapurrado y la moda seguir.

También es admirable el retrato de cuerpo entero que traza de un doctor en la sátira X; no es posible hallar nada más expresivo, verdadero y lleno de vida. No falta ni un solo detalle, ni el pañuelo, ni los guantes ignominiosos, ni la llave colgada de la cintura. El retrato que ha hecho Mathurín está hablando; se conoce que el poeta lo acabó, limó y perfeccionó con la mayor complacencia. Verdad es que éste era su género, pues había nacido para pintar con la pluma. Reúnanse con este doctor ridículo la famosa Celestina ó la dueña de una Casa de Trato y se tendrá un magnífico álbum que Callot ó Goya hubieran ilustrado con mucho gusto.

Es un poeta pictórico y también narrador. En cambio no le da por la filosofía. No ve las ideas sino la gente y las escenas que traslada á sus animadas composiciones. Nos ha dejado un canto célebre: el león, el lobo y el asno. Es una fábula admirablemente hecha y La Fontaine hubiera podido muy bien no medirse con él al tratar dicho asunto, pues no ha sabido superar al modelo.

La fábula de Régnier es notable por la delicadeza y verdad exquisita de los detalles, por la naturalidad y por la maliciosa candidez. Es más, Régnier se muestra realista. Bien lo comprendió Boileau, cuando en sus reflexiones acerca de Longino, alaba á nuestro poeta por haber conocido las costumbres y los caracteres antes que Molière y mejor que todos. En el canto segundo de su arte poética le cita Boileau como digno émulo de los satíricos latinos, Persio y Juvenal, y su juicio acerca de Mathurín no puede ser más completo ni más justo. Musset dijo también con mucha razón:

Otez votre chapeau, c'est Mathurin Régnier,
De l'immortel Molière immortel devancier !¹

Sí, ese antiguo estilo tiene sus gracias y sus osadías propias, y el poeta abre ante nuestros ojos extrañas puertas. No hay que pensar aquí en seguirle, pues el respeto á las buenas costumbres nos obliga á abandonar la compañía de Mathurín cuando va á casa de la Celestina y más aún cuando vuelve de ella.

Ha tenido imprecaciones elocuentes contra los poetas vividores, pero tenía el mayor derecho á figurar entre ellos porque, según su pintoresca expresión, le gusta la compañía de los que hacen « un tapón de botella del Laurel del Parnaso ».

Fué tal vez más que un poeta un cronista experto en el arte de ver, de mirar, de notar, de sorprender el rasgo esencial, de trazar, con tres rasgos, un croquis sobrio y singularmente expresivo. Si hubiera sabido

1.

¡ Quitaos el sombrero!; es Mathurin Régnier,
Inmortal precursor del inmortal Molière!

contar y ordenar un relato de bastante extensión, hubiera sido un novelista de primer orden. Tiene el don de expresar las formas y los aspectos; su mirada percibe, desentraña los detalles característicos, y sus retratos están llenos de vida y de verdad; son la más inestimable galería de tipos de aquella época que nos quedan, antes de *Franción* y de la *Novela Cómica*.

Fué el hombre de la naturaleza y en este sentido no se ha hecho nunca, ni aun por Juan Jacobo Rousseau, profesión más cínica que la sátira al *señor de Béthune* en que Mathurín llega hasta aborrecer y maldecir el honor porque contraría al instinto:

Et je hais plus l'honneur qu'un mouton une louve¹.

Entiéndase por honor la moral, los deberes sociales, el respeto humano, la decencia, todo lo que « pone cortapisas á los placeres y contiene los deseos », y llega hasta tratar de quimera la noción de la virtud que deseamos en « nuestras madres, esposas y hermanas ».

Hace el proceso de la civilización y de la sociedad:

Je pense quant à moi que cet homme fut ivre
Qui changea le premier l'usage de son vivre
Et rangeant sous les lois les hommes écartés
Bâtit premièrement et villes et cités².

Sus teorías revelan una impudencia escandalosa, es decir el culto de la naturaleza lo mismo en el arte que en la vida. No considera nada por encima de ella; por eso su poesía revela un naturalismo crudo y sin afeites. Él lo sabe, lo quiere así y lo ordena á su musa que quiere se presente sencilla, sin artificio y sin otra clave en sus cantos que la « clave de la naturaleza³ ».

En la gran lucha que va á entablarse con el siglo xvii entre los preciosos y los burgueses, lucha que dura todavía, Régnier pertenece al partido de los segundos con Boileau y Molière. No entiende nada de delicadezas, de gracias, de amaneramientos; está por las ideas simples y por el sentido común. Su ideal no es muy elevado y su musa roza

1. Odio más el honor que un carnero á una loba.

El gracioso de una de las más lindas comedias de Rojas: *Donde hay agravios no hay celos*, dice también:

¡ Bendito seáis, vos, Señor,
Que no me habéis dado honra!

2. Yo pienso por mi parte que obró cual hombre ebrio
El que cambió, el primero, su modo de vivir,
Y á su ley sometiendo á los hombres aislados
Viviendas y ciudades resolvió construir.

3. Es digno de notarse el materialismo y poca elevación moral de los escritores y poetas franceses de esta época, si se comparan con la elevación moral de Herrera, Garcilaso, Rioja, Fray Luis de León y demás líricos españoles, sin contar el admirable florecimiento de la poesía y literatura místicas, en España, en aquella época. (N. del T.)

demasiado frecuentemente con sus alas las inmundicias de la vida material, cuando no se encenaga en ellas por completo. Algunas de sus páginas no merecen otro nombre que el de inmundicias.

Pero esto no es sino el exceso de una cualidad que conviene reconocerle. Observador de la vida, de las calles y de las mancebías, ha conservado á nuestra literatura la herencia de realismo que los antiguos *fabliaux* parecían haber legado inútilmente á la Pléyade. Reanudó la cadena de una tradición que, á no ser por él, hubiera naufragado por completo tal vez en las extravagantes fantasías de los novelistas del siglo xvii: la tradición de la observación de las costumbres y de las pinturas reales, que debía continuar con Scarrón, Sorel, Furetière, Colletet y hasta Boileau, para unirse, al terminar el siglo, con La Bruyère y Lesage, padre de la novela de costumbres.

Por lo tanto no hay que buscar en él ningún lirismo, sino versos de buen cuño que, como los de Boileau, deben todo su mérito á su sobriedad concisa, más bien que á la gracia de la imaginación ó á la elevación del sentimiento.

Por lo demás esta poesía es muy característica. Es mucho más antigua en la forma que la de su contemporáneo Malherbe. Es arcaica. Parece que en aquella época en que se fijaba la lengua francesa moderna, se podía elegir entre dos maneras de hablar, la antigua y la nueva. Mathurin está por el estilo antiguo, porque es conservador.

Qu'en toute opinion je fuis la nouveauté¹.

Rinde culto á los antiguos, á las cosas de antaño, no ve salvación sino en la imitación de « nuestros antepasados » y de aquellos « grandes personajes » que escribieron hace dos mil años de tal manera:

Qu'en vers, rien n'est parfait que ce qu'ils en ont dit².

Es su modelo Horacio y se alimenta con su lectura, se impregna en su espíritu, le imita y le sigue y se indigna con los « jóvenes terneros » que pretendían hacer algo nuevo, como si la abeja de Platón les hubiera untado á ellos solos los labios de miel, y que no temen ofender la memoria de los antiguos. Tanta desenvoltura le irrita y le hace dirigirles sus más aceradas flechas.

La acrimonia era tanto más viva cuanto que andaba mezclado en la disputa el espíritu de familia. Malherbe se había mostrado muy duro con Desportes, el tío de Régnier, y había dicho que su sopa valía más que sus salmos. El sobrino se vengó de tal insolencia haciendo de él

1. En cuestión de opiniones huyo de novedades.

2. Que nada hay perfecto en verso sino lo que ellos dijeron.

un retrato caricaturesco en el que critica sus aficiones filológicas y su manía didáctica, comparándole á las mujeres cuya belleza toda consiste en los adornos, cuyo rostro está lleno de afeites y en cuyos peinados no hay un pelo que sea más largo que otro.

Su teoría de limitar el dominio de la invención y de reducir la imaginación á cierta imitación dócil y servil, era estrecha y peligrosa. No sintió la ardiente inspiración poética, el aguijón divino, y es fácil convencerse de ello por el extraño concepto del talento que funda el mérito en el éxito y mide el valor de los versos por el dinero que producen. Los jóvenes censuran los versos de Desportes y los encuentran llenos de faltas. Que ganen tanto dinero como él y que logren con sus versos, si son capaces de ello, diez mil escudos de renta. En cuanto á las faltas sólo dará crédito á sus afirmaciones cuando sean ricas. No puede darse más extraña noción del genio poético.

Cierto día, sin embargo, le elevó sobre sí mismo el genio de la poesía y le inspiró una página que llega á la cumbre de la más elevada elocuencia, cuando escribió á Rapin estos hermosos versos inspirados por la filosofía y conciencia de la razón impotente:

Philosophes, rêveurs, discourez hautement:

Sans bouger de la terre, allez au Firmament;

Faites que tout le ciel branle à votre cadence,

Et pesez vos discours même dans sa balance:

Connaissez les humeurs qu'il verse dessus nous,

Ce qui se fait dessus, ce qui se fait dessous;

Portez une lanterne aux cachots de nature,

Sachez qui donne aux fleurs cette aimable peinture,

Quelle main sur la terre en broie la couleur,

Leurs secrètes vertus, leur degré de chaleur;

Voyez germer à l'œil les semences du monde,

Allez mettre couver les poissons dedans l'onde,

Déchiffrez les secrets de Nature et des Cieux:

Votre raison vous trompe aussi bien que vos yeux¹.

Semejantes acentos son raros en su obra y, después de haberse elevado un momento á las alturas, volvía á caer de cabeza en las lodosas

1. Soñadores filósofos, discurrid altamente,

Sin salir de la tierra á los cielos llegad.

Haced que el firmamento se mueva á vuestro antojo,

Y hasta vuestros discursos á su ritmo ajustad.

Cuanto del cielo cae sobre nuestras cabezas,

Cuanto arriba y abajo se hace, escudriñad.

Registrad de natura los misteriosos senos;

Quién da á la flor su hermoso color averiguad;

Quién sabe de la tierra combinar los matices,

Sus secretas virtudes, su calor desigual;

Mirad cómo germinan las semillas del mundo;

Mirad cómo desovan los peces en el mar;

Descifrad los secretos del cielo y de natura:

La razón y los ojos os burlan por igual.

calles y en los figones de París que eran sus sitios predilectos.

Había compuesto para sí el siguiente epitafio :

J'ai vécu sans nul pansement
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle,
Et si je m'étonne pourquoi
La mort osa songer à moi,
Qui ne songeai jamais à elle¹.

Boileau dijo de Rénier, comparándole con Malherbe : « Rénier era mucho más poeta que Malherbe, pero éste era mucho más exacto que Rénier. » Eso es lo que hay que ver. Ya no se lee á Malherbe y sin embargo su nombre sigue siendo muy célebre. ¿ Por qué ?

Si no se le lee ya, es por dos razones : la primera, porque se lee muy poco á los poetas, y la segunda porque ha escrito muy pocos buenos versos para imponerse á la atención de la posteridad. Es un hombre que ha dado más que hablar por el papel que desempeñó que por sus obras.

Digamos ante todo algo acerca de su persona. Fué un hombre original, brusco, regañón, é independiente, que trataba á la gente y las cosas de un modo grosero, á puntapiés, como vulgarmente se dice. Nacido en Caen (1555-1628) donde aún se ve su casa en la esquina de la calle del Odón, era el mayor de nueve hermanos; estudió en su ciudad natal, luego en París y por último en el extranjero por donde viajó. Entonces se viajaba mucho más que hoy, á pesar de las pocas facilidades que había. Casi todos los escritores de aquella época dieron una vuelta por Europa y se hallaban al corriente de lo que se decía, escribía y pensaba fuera de su país. Estas salidas eran más provechosas que nuestras rápidas excursiones de turistas. Se vivía algún tiempo en el país extranjero, se frecuentaba la sociedad y se aprovechaban las novedades que se descubrían. Era una excelente educación, á propósito para ensanchar el espíritu y fortalecer el carácter.

Malherbe, que se indispuso con todo el mundo, empezó, antes de los veinte años, por indisponerse con su padre y luego con su hermano menor, Eleazar, el Benjamín de la familia, al que hizo varios procesos por cuestiones de interés.

Á este propósito le decían un día :

— ¡ Cuánto proceso ! ¡ Y siempre con su familia !

1.

Vivi siempre sin cuidado ;
Á mí mismo abandonado,
La ley natural guardé,
Y que la muerte haya osado
Pensar en mí me ha asombrado,
Pues nunca en ella pensé.

— ¿ Pues con quién queréis que los tenga ? ¡ No será con los turcos y tártaros que no me conocen !

Habiéndose separado de los suyos, entró al servicio del duque de Angulema, bastardo de Enrique II. Aun no se sentía atraído por la poesía, pues no hay que contar un poema lleno de defectos : *Las Lágrimas de san Pedro*, del que dice benévolamente Andrés Chénier.

Aunque el fondo es detestable, no hay que despreciar este poema. La versificación es admirable. Allí se ve cuán bien conocía Malherbe nuestra lengua y qué condiciones naturales tenía para nuestra poesía, así como la delicadeza y pureza de su oído en la elección y encadenamiento de las sílabas sonoras.

En realidad no había dado aún con su camino ; ni aun siquiera lo buscaba. Pero ya se había despertado en él el sentido crítico.

Un día, escribió cierto gran señor un soneto y se lo mostró á Dupérier diciéndole :

— Leédselo á Malherbe, pero no le digáis que soy yo quien lo ha hecho, sino dadlo como vuestro.

Malherbe lo leyó y dijo :

— En verdad no puede darse peor soneto. Si lo hubiera hecho el Gran Prior, no sería más malo.

En efecto lo había adivinado.

Casóse y es maravilla el que no se indispusiese en seguida con su mujer, dada su tendencia á reñir con todo el mundo. Dejóla en Provenza y él vivió en Normandía.

La vida era dura ; su familia no le daba nada y el único regalo que recibió de su padre fué un tonel de cidra, pero con eso no se puede vivir.

El cardenal Du Perrón se fijó en algunos de sus versos y presentó al joven poeta á Enrique IV, haciendo grandes elogios de él. En la corte, supo desembrollarse y salir adelante. Escribió versos de poeta cortesano, versos de encargo, « de necesidad », como él decía. Era aficionado á la buena vida, al vino y á las mujeres, y le pusieron por mote « El Tío Lujuria ». Enrique IV halló en él el hombre que le hacía falta, y le agregó á su persona. Malherbe se hizo nombrar gentilhomme de cámara, con diez mil libras de sueldo.

La muerte de su padre le procuró además su parte de herencia. Rimaba para sus protectores y para los poderosos del día. Trabajó especialmente de 1605 á 1610, é hizo odas, sonetos, bailes para el rey, para el duque de Bellegarde, y para la princesa de Condé, querida del rey. Era poeta oficial y sobresalía en calidad de tal, pues, no teniendo sentimientos propios, podía expresar mejor los de los demás.

En cuanto á la parte física, los retratos de la época le representan